

Meditación durante traslado Nuestro Padre Jesús de la Salud 2017

Alfredo Álvarez Tello.

PADRE NUESTRO DE LA SALUD, todo está preparado. El momento que todos esperamos está cada vez más cerca. Como dejaste hace 2000 años tu carpintería, tu vida en Nazaret para predicar e inaugurar el reinado de Dios, en unos minutos te dispones a salir de esa pequeña Nazaret que es tu capilla, para revivir un año más aquella aventura de hace 2000 años, ahora por las calles y plazas de Sevilla, aventura que hoy como ayer, no termina en la cruz con la que te cargaron en su día y que hoy te seguimos cargando, sino que finaliza con TU RESURRECCIÓN.

Pero antes de llegar a tu resurrección, ese momento de triunfo que es esencia de nuestra fe, queda un larguísimo camino, lleno de encuentros, de risas y lágrimas, y al final, por desgracia, de insultos, agresiones, burlas y escarnios, camino que te condujo al Calvario, donde te esperaba la ignominiosa muerte en la Cruz como al más vulgar de los malhechores. Así lo permitiste con tu infinita bondad para demostrarnos que sin amor nada somos y que no hay mayor amor que el de aquel que da la vida por sus amigos. Pero hoy sabemos que, desde tu salida de Nazaret hasta tu muerte y resurrección, nos dejaste la más impresionante historia de amor jamás contada y, lo que es más importante, jamás vivida.

Pero apresurémonos ahora, porque quienes van a ser tus cirineos esperan impacientes el momento de tomar las andas y poder ser tus pies para acercarte a ese nuevo altar que es tu "paso". Desde él, el Martes Santo irás, pequeño y humilde, cargado con la cruz de nuestras infidelidades, proclamando que solo Tú eres el camino, la verdad y la vida, y derramando salud a todos los que te contemplen y te la pidan.

Señor, tú mismo eres AMOR por excelencia y, en esa increíble historia que nos dejaste, ese amor se manifestó de muchas formas, pero de una forma muy especial: como SALUD para todo el que la necesitaba. Sanaste el cuerpo a ciegos, sordos, mudos, endemoniados, leprosos, paralíticos, y un largo etc. Pero también sanaste el alma de cuantos te rodeaban, lo deseaban y te lo pedían: tus apóstoles, los discípulos, Mateo, Zaqueo; a muchos perdonaste los pecados e incluso devolviste la vida a Lázaro, la hija de Jairo, el hijo de la viuda de Naín. Por todo ello podemos proclamar que no solo eres Señor de la Salud, sino que eres **la salud misma**.

El verdadero problema que tenemos hoy quienes decimos que somos tus seguidores, los que te acompañamos con la túnica, con el costal, los que somos hermanos de esta Hermandad o de cualquier otra, los que nos

autodenominamos cristianos, es que no terminamos de creernos que hoy sigues curando exactamente igual que entonces porque permaneces vivo entre nosotros como nos anunciaste: *estaré con vosotros hasta el final de los tiempos*. A pesar de estas palabras seguimos creyéndote lejos, allá en el cielo, un tanto despistado y ajeno a lo que aquí sucede. Nuestra fe, o es muy débil, o no es verdadera. Jesús, tu decías entonces a tus discípulos y nos dices hoy a nosotros que si “*tuviéramos una pizca de fe podríamos mover montañas*. Y nosotros no nos lo creemos. A veces incluso tergiversamos tus palabras y nos conformamos con un mero cumplimiento de preceptos y mandamientos, con quemar incienso, asistir a algún culto y poco más.

Aumenta Señor nuestra fe y cura nuestra ceguera y nuestra sordera para verte y oírte siempre en todos nuestros hermanos, principalmente en los más necesitados.

Señor, contemplando tu lento caminar, el corazón nos pide acompañarte, seguirte, rezarte, imitarte, ayudarte, darte gracias.... Y hoy, en la tranquilidad y recogimiento de este tu templo, sería una muestra viva de nuestra devoción preguntarte con el corazón: Señor, ¿qué quieres que haga? ¿Cómo quieres que te siga?

Si te hacemos esta pregunta, Tú nos dirás –como ya lo hiciste hace 2000 años—que es necesario que oremos, que ofrezcamos nuestros sacrificios, que cumplamos los Mandamientos, que acudamos a los cultos, que hagamos la Estación de Penitencia, etc. pero que lo que de verdad quieres de nosotros, lo que ha de ser la auténtica seña de identidad de quienes queremos seguirte, de lo único que se nos va a examinar cuando comparezcamos definitivamente ante el Padre es el AMOR. Y un amor muy concreto, un amor muy de nuestra realidad mundana: el amor a nuestros hermanos, al prójimo, incluso a quienes no nos quieren, a nuestros enemigos. Ese amor que consiste en darle de comer al hambriento, de beber al sediento, acoger al forastero, vestir al desnudo, visitar al enfermo, y que con palabras actuales podríamos añadir que consiste en: * acompañar a los que están solos –incluso de nuestras propias familias--, * tomarte una cerveza con quien nadie quiere tomársela,* perdonar 70 veces 7 al que te ha ofendido y fastidiado,* ser honesto en el trabajo,* ser amable,* servir antes que ser servido,* compartir tu tiempo y tu dinero, en definitiva,** dar y darte.

Intentar esto en nuestra vida diaria es ser nazareno (como Tú) todo el año. Eso sí es seguir verdaderamente los pasos de nuestro Señor de la Salud. Eso es ser cristiano por propia opción y no solo por el Bautismo. Eso sí que es una bendición y una alegría para el Señor, para su Madre Candelaria, y para cuantos nos rodean en casa, la familia, los amigos, el trabajo. Solo no podremos, pero con tu ayuda Señor, claro que se puede.

Ya estamos en tu paso que mecido por tus costaleros va a servir de altar para pasearte por toda Sevilla. Y en estas últimas pobres palabras que han pretendido servir de pauta para la meditación, creo que nos servirá recordar una historia ocurrida hace años en una pequeña aldea de nuestra patria. ¿Te acuerdas Señor? Un fuerte terremoto había destruido parte de la Iglesia y hecho añicos tu imagen crucificada que la presidía y que gozaba de enorme devoción. Consternados, los feligreses acordaron con el párroco que la restaurara el mejor y más famoso escultor de la zona, para lo que recogieron todos los trozos que encontraron entre los escombros y se los llevaron. Al cabo del tiempo el escultor comunicó que había terminado pero que no habían aparecido ni tus pies ni tus manos. Cuando llegó a la Iglesia tu imagen crucificada, impresionante, como suspendida, sin pies ni manos, todos quedaron conmocionados. ¿Qué hacer? ¿Esculpir otros pies y manos? El silencio inundaba la Iglesia cuando la voz de una ancianita resonó en todo el templo: “Señor, a ti no te falta nada porque nosotros somos, tenemos que ser, tus pies y tus manos”. Y así quedó colgado, suspendido, para recordar a aquellos feligreses, y hoy a nosotros, que el Señor nos necesita porque quiere necesitarnos.

Y es verdad. Te pedimos Señor que soluciones todo y no queremos enterarnos que Tu quieres necesitarnos. No terminamos de creernos que tenemos que ser tus pies, tus manos y tu boca. Y que si sin ti nada podemos, contigo podemos mover montañas. Y si lo hacemos, no solo alcanzaremos en plenitud la Vida Eterna sino que seremos auténticamente felices en esta vida terrenal, hoy aquí, ahora.

Por eso, ante tu pregunta, Señor, de si puedes contar con nosotros, queremos responderte con un sí rotundo, sabedores que para ello siempre vamos a contar con su Gracia. Que así sea.

Sevilla, 31 de Marzo de 2017